



Biografía y biología

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo IV

Al rededor del estilo

X

VENGAMOS, en nuestro estilo de arabesco, a lo de biografía y biología, diferencia sobre que nos piace insistir. Entre biografía y biología parece que debería mediar la misma diferencia que media entre geografía y geología. Vengamos a las palabras. *Grafía* deriva de *grafein*, escribir, y *logía* de *legein*, decir, de donde lo uno parecería designar lo que se escribe para que dure y quede, y lo otro lo que se dice, lo que se echa al aire. Pero eso no es mas que aparente, porque se dice por escrito y se escribe de palabra. La diferencia es otra.

En la práctica, todas las *-logías* esas suelen carecer de estilo. Como no sea que llamemos estilo lógico al de $(a + b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$, por ejemplo, o al de las fórmulas químicas. Mas en rigor la *logía*, que no es propiamente la lógica, mata el estilo, mata la vida. ¿Hay acaso nada más mortífero que la sociología?

«¿Y la filología?»—se nos preguntará. Pero en filología no es la *-logía* la que recae sobre el *filo-*, sobre el amante, sino que es al revés. Es como en filosofía, que significa amor a la sabiduría, y filología amor a la razón. Filósofo es el que ama la sabiduría, y filólogo el que ama la razón. La filología es, por lo tanto, algo así como la logofilia. Y el que crea que estas son logomaquias es un botarate.

*

Biografía no es, pues, biología. Biografía es cosa de estilo y la más íntima del estilo. Todo estilo que lo sea es biográfico, describe una vida. Y aun mejor, es autobiográfico, describe la vida de aquel que lo tiene, del hombre cuyo es el estilo. Y de aquí que todo biógrafo con estilo, que todo hombre biógrafo—llámesele, si se quiere, novelista—es un autobiógrafo, se describe, se expresa a sí mismo. Y lo mejor de sí, lo que quiso haber sido. Don Quijote es el que quiso haber sido Cervantes, y Shakespeare quiso ser el pueblo, la selva de hombres que describió. Y si quiso ser eso es porque, en el fondo, lo era.

Esto en los poetas, porque los poetas no cantan sino que escriben. Los que hablan son los oradores. Los poetas escriben hasta cuando hablan, y los oradores hablan hasta cuando escriben. Los poetas son gráficos; los oradores son lógicos. Y de aquí que el estilo oratorio suele ser la falta de estilo. Porque estilo, estilete, punzón, dice a escribir y no a hablar. Sólo desde que se inventó el fonógrafo existe el estilete que escribe al dictado de la palabra.

*

Todo estilo, hasta el de la Naturaleza, es autobiográfico. Esta isla de Fuerteventura—fuerteventurosa isla!—, por ejemplo, tiene estilo, que no le tienen otras islas convertidas por los hombres en jardines; esta isla para peregrinos—peregrinos del ideal—, y no para turistas, esta isla tiene estilo, un estilo esquelético. Esqueletica es su tierra, estas ruinas de volcanes que son sus montañas, a modo de corcoyas de camellos, las montañas de esta isla acamellada; esqueléticos son sus camellos, que acusan su osamenta vigorosa; esquelética es la aulaga, el pobre tojo que reviste estos pedregales, esa mata que es toda ella espinas y flores, sin hojarasca alguna, escueta, enjuta, ósea; esquelético es el tarajal, este mustio ta-





marindo que sacude al viento su mezquino y lacio y gris follaje; esquelética es también la pella de gofio, de harina de trigo tostado, ese gofio que es como esqueleto de pan; esqueléticas son las casas, estas casas sin tejados, de desnudo mampuesto muchas de ellas... Y toda esta solemne desnudez ósea es autobiográfica. Con esta desnudez Fuerteventura describe su propia vida, se describe a sí misma.



Ahora, alumbrando aguas de sus entrañas rocosas, aguas salobres, empiezan a revestirla del verdor de los alfalfares y de las tomateras; pero cuando el verde esmeralda de la alfalfa haya revestido las gabias de este suelo, habrá desaparecido el estilo. ¿A quién se le ocurre hablar del estilo del valle de la Orotava, en Tenerife, donde se tienden hacia el mar, en la falda del Teide, los platanares? El estilo es el hombre; pero el hombre no puede dar estilo a una tierra. La tierra tiene un estilo, que no es el del hombre que la cultiva.

Ahora, que los hombres superficiales gustan del estilismo de un jardín, de un campo estilizado por el jardinero, y no sienten la hondura del estilo de una tierra desnuda. Son pocos los que llegan

a comprender—comprender es la palabra—el estilo del Sahara o siquiera el del páramo castellano. Están hechos a restregarse la vista con el verdor floticio de las huertas de abono, y no saben restregarse el corazón con la parda desnudez de los entrañados páramos. Necesitan hojarasca. Cierran los ojos y se restregan los párpados con pétalos de rosa de jardín, y se frotan los labios con ellos y aspiran su perfume, lo que no puede hacerse con esta aulaga, «contenta de los desiertos» como la hiniesta de Leopardi. Esta aulaga, toda ella es pinas y flores; este esqueleto de planta, es un cilicio; es un cilicio para restregarse, en dolor sabroso, el corazón con él. Sólo la come el camello; sólo el camello, este anacoreta resignado, se alimenta de sus flores y de sus espinas. Pero el que no sepa restregarse el corazón con desnuda aulaga, jamás llegará a saber lo que es estilo.

Miguel de UNAMUNO

